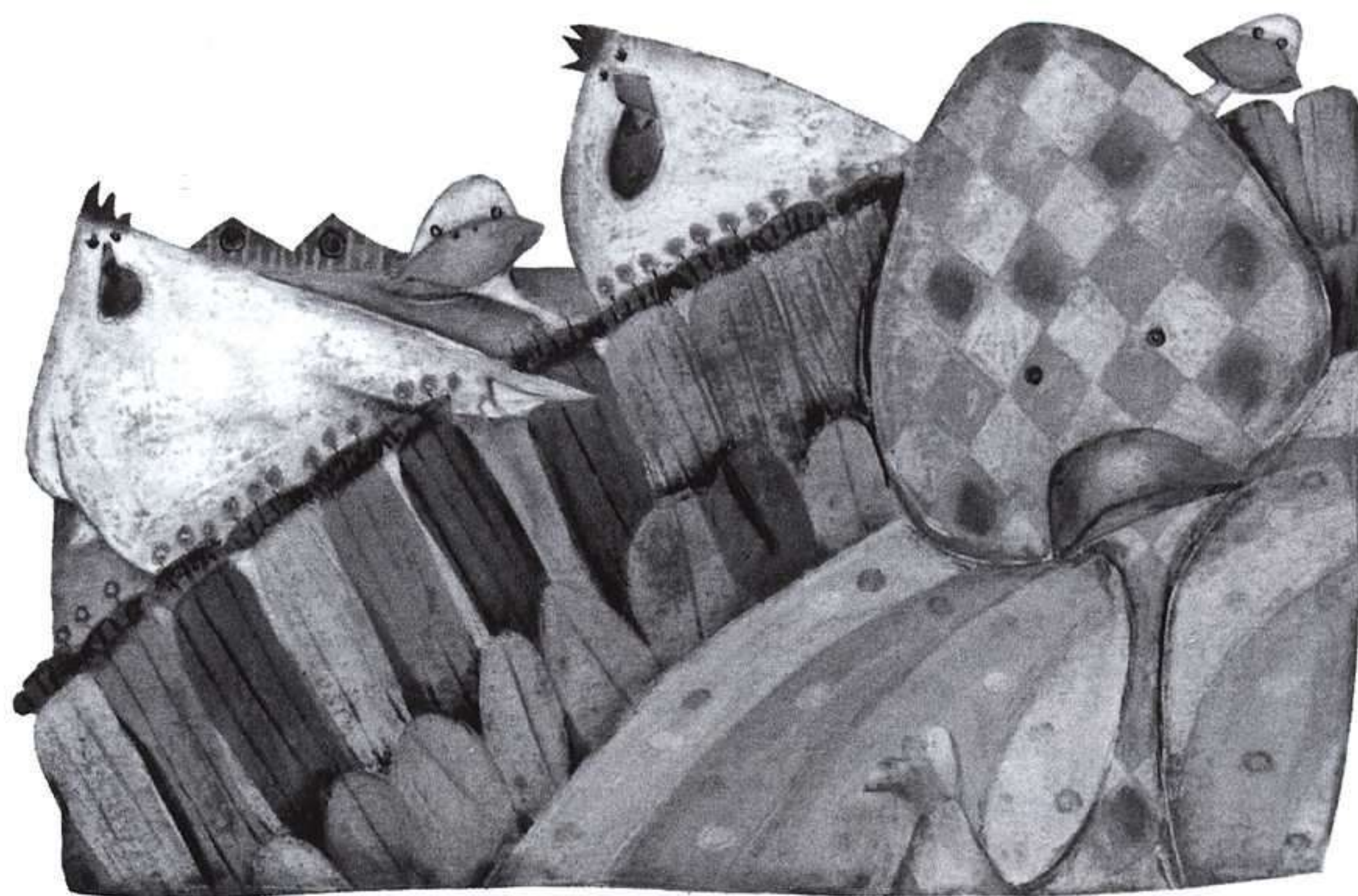


El patito feo: un falso marginado

Blanca Álvarez*



M^o JESÚS SANTOS, «EL PATITO FEO» EN CUENTOS DE HANS CHRISTIAN ANDERSEN, EDELVIVES, 2003.

Si hubiera que reescribir El patito feo para convertirlo en «políticamente correcto», sería necesario reciclar la prepotencia de este falso marginado que prefiere morir entre los bellos —los cisnes— que vivir en lo que él considera la vulgaridad: en la granja con los patos. El cuento de Andersen está impregnado, según la autora, del más rancio racismo.

Si James Finn Garner hubiera decidido retomar a nuestro *Patito feo* para revisarlo en sus *Cuentos infantiles políticamente correctos*, tal vez lo hubiera visto desde el prisma de un pato inadaptado dentro del grupo, plebeyo y feo donde lo coloca el azar, mientras se sueña entre los bellos y hermosos pertenecientes a una clase considerada por él como superior por el simple mérito de la belleza. No se trata de un patito maltratado por lo suyos, la madre lo acepta pese a su fealdad, tan sólo resulta reprobado en su probada incapacidad para ser como los otros; lo suyo es un caso de sueño con un mundo considerado perfecto tan sólo por él, al cual desea pertenecer con tanta fuerza que incluso asume la muerte a sus manos, picos en este caso, con tal de vivir, un breve instante, entre quienes él, en su megalomanía, considera «los suyos».

Complejo de superioridad

Un príncipe destronado de un reino tan desconocido por sus compañeros de granja como para resultar molesto, no por su fealdad, sino por su grandeza disfrazada de pura desgracia.

Claro que el propio James Finn Garner, a propósito de otro relato del mismo autor, dice «...debemos comprender que en la farisaica Copenhague de Andersen apenas cabía esperar simpatía alguna

por los derechos inalienables de toda sirena». Y claro, tampoco sería lógico acusar de racista a quien sólo aspiraba a mejorar su condición social, algo, por otra parte muy loable en la sociedad y religión del mismo tiempo y lugar.

Los cuentos de creación literaria como el presente, son hijos del momento social y cultural y también de las creencias y personalidad del autor. Pero, lo leerán niños de hoy y, sin ánimo de revisar o rescribir un clásico, no está de más aportar una visión de lectura crítica, es decir, ejercitar la metacrítica literaria, que no es revisión de la obra sino interpretación, del mismo modo que se debate el posible complejo de Edipo en Hamlet, o se utilizan las razones de Antígona para señalar el feminismo reivindicativo en las leyes de los sentimientos como oposición a las leyes de la ciudad ejercidas por el poder.

Asegura Roberto Cotroneo, para incidir aún más en ese carácter de sumisión al autor escondida en toda creación, que

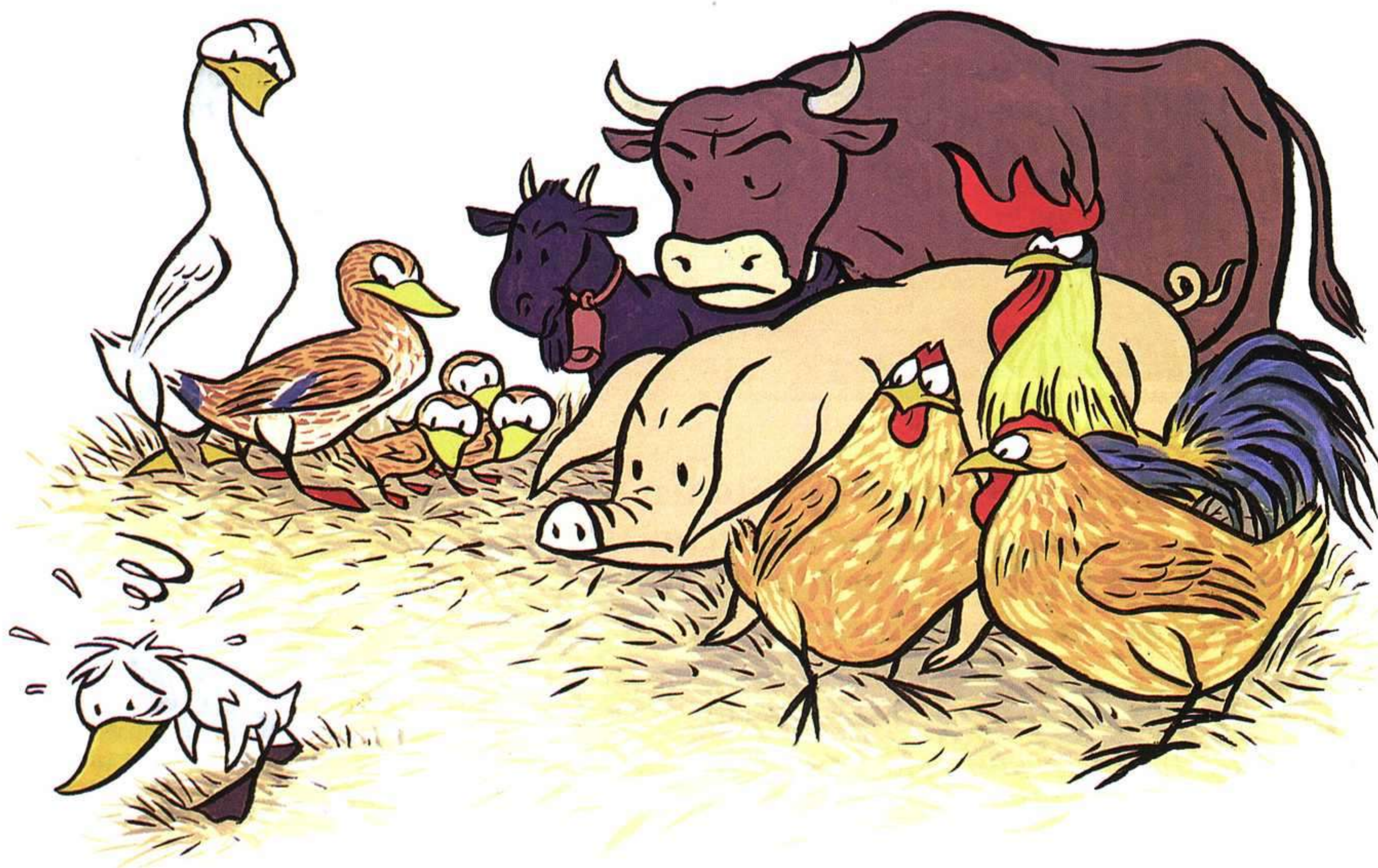
«... todos los libros reflejan vivencias personales, como esponjas que todo lo absorben. Todos los libros están plagados de códigos y bajo ellos subyace una moral determinada, la del que escribe».

Andersen, como afirmaba Gianni Rodari, «... es el primer creador del cuento contemporáneo, se separó del cuento tradicional para crear un cuento nuevo poblado de personajes románticos y de objetos cotidianos, hasta de venganzas personales».

Y, ciertamente, existe en el presente relato una búsqueda romántica de la belleza y hasta el halo de muerte que conlleva su encuentro cuando el patito decide que prefiere morir entre los bellos a vivir en la vulgaridad. Cabría añadir, para dejar aún en peor lugar a nuestro personaje y volviendo a Roberto Cotroneo «...Hace falta generosidad para creer en el amor de los demás, la pobreza de espíritu no conduce a nada», y nuestro patito no logra creer ni siquiera en el incondicional amor de mamá pata.

Puestos en antecedentes, estamos ante un relato de creación literaria no sometido a la tradición oral, pasemos a ir viendo cómo se desarrolla la historia del patito insatisfecho como si de un héroe aventurero se tratase. A nuestro personaje le falta, desde que toma conciencia de su misma existencia, reconciliarse con aquello que, en principio, debiera ser: un pato de granja. Todo el recorrido de la aventura se transforma en una huida del lugar donde no quiere habitar, es decir su propio cuerpo, y la búsqueda del lugar donde quedarse, es decir la belleza soñada y personificada en los cisnes, desconocidos en el inicio pero reconocidos cuando los descubre. No desea, como sería normal, parecerse a quienes son oficialmente sus hermanos, sino que aspira a una perfección desconocida incluso por él. Como se dice casi al final de la historia: «¡Nada importa nacer en un gallinero cuando se sale de un huevo de cisne!».

Vaya, que aún quedan clases. Esa



suerte de superioridad moral que supone implícitamente el autor en el patito subyace a la cultura religiosa de su país y su tiempo, aunque no tienen la exclusiva en esa consideración de su grupo como aristocracia. Pueblos enteros se han considerado elegidos por Dios o por la historia y reviven en sus tradiciones esa espera del tiempo en que se hará justicia a su diferencia superior.

En el caso de nuestro protagonista su elección de diferencia no viene justificada por el desamor o una especial inquina; tampoco realiza ninguna hazaña que le permita adquirir méritos para lograrla. Él ES, lo sabe por puro instinto y se limita a buscar sin conocer enteramente su esencia, pero fascinado por ella.

Puede que la «venganza» personal del autor referida por Rodari se vincule a la biografía paterna del autor: hijo de campesinos ricos que lo pierden todo, su más ferviente deseo era poder ir al instituto: «... Mi pobre padre nunca vio satisfecho su más caro deseo, y nunca se le apartó de la memoria. Yo recuerdo haber visto una vez, siendo niño, lágrimas en sus ojos cuando llegó a nuestra casa un estudiante del instituto a encargar unas botas nuevas y le enseñó sus libros», relata Andersen en el *Cuento de mi vida sin literatura*. Su padre-patito feo, será reparado de tal insatisfacción nadando entre los cisnes, no como uno más, sino como el más hermoso de todos.

En busca del lugar soñado

Para empezar, nuestro pato nace de un huevo diferente que ya le cuesta más esfuerzo a la madre pata: «... Hay un huevo que está tardando mucho... Voy a empollarlo un poco más». Podría haber sido abandonado, pero su pretendida madre lo desea tanto como al resto de los patos ya nacidos. Cuando al fin asoma... «Era muy grande y muy feo», es la descripción que da el autor y la que perciben quienes lo rodean; sin embargo, es aceptado en esa diferencia por la figura referencial más importante: la madre: «¡Ese pollito es mío! En el fondo es muy lindo si uno lo mira bien».

Ante el rechazo inicial por parte de sus hermanos y el resto de los animales de la granja, mamá pata insiste en su de-



MAX, EL PATITO FEO/THE UGLY DUCKLING, LA GALERA, 2007.

fensa: «No será bonito, pero en el fondo tiene buen carácter y nada estupendamente, igual que cualquiera de los otros». Los personajes de otros cuentos tradicionales, a estas alturas, habrían asumido esa diferencia, protegida además por la madre, y le habrían sacado ventajas y provecho; en la adaptación incluso sacarían ventajas para sí y para los demás ganándose por méritos propios el respeto y la aceptación de tal diferencia. Ningún lector ve desventajas en la pequeña estatura de Pulgarcito, quien termina, con su astucia, salvando a sus hermanos y devolviendo una fortuna a los padres. Incluso esa diferencia le añade una magia, un carisma capaz de convertirlo en superior.

Pero nuestro patito insiste en «la maldad» del mundo y en su no aceptación de sí mismo: «... estaba muy triste porque era feo y todo el corral se burlaba de él». Pese a las quejas de este falso des-

graciado, no siempre es rechazado: unos patos salvajes le ofrecen compañía: «¿Quieres venir con nosotros y ser ave de paso?». Pero nuestro patito *pasa*. Después llega a una granja donde una vieja, una gallina y un gato intentan conocer cuáles son sus habilidades: «¿Sabes poner huevos? ¿Sabes arquear el lomo y ronronear y echar chispas? ¡Pues entonces calla!... Y el patito se sentó muy malhumorado en un rincón...».

Este héroe insatisfecho, en lugar de mirar sus propias faltas, lanza balones fuera: son los otros quienes no lo aceptan, quienes no lo comprenden, quienes no lo quieren:

«—¡No me comprenden! —dijo el patito.
 »—Claro que no te comprendemos... ¡No pretenderás ser más listo que el gato y la mujer, por no hablar de mí misma!
 »—¡No te pongas tonto, niño, y da gracias a tu Creador por todas las cosas buenas que te han pasado!»



MAX, EL PATITO FEO/THE UGLY DUCKLING, LA GALERA, 2007.

Los argumentos de la gallina dan en la clave de algo que, hasta el momento, podía pasar inadvertido, no sólo al lector, sino a todos cuantos han analizado el relato: la discriminación nunca tiene lugar en una sola dirección; el individuo o colectivo que en principio la padece termina por ejercerla en la misma dirección. Y probablemente aquí radique la mayor sabiduría, enmascarada, de este relato sobre el pato incomprendido porque, en realidad era un cisne. ¿Lo sabía o simplemente aspiraba a la excelencia de una diferencia por rechazar cuanto se le ofrecía ya que, a sus ojos, resultaba vulgar y por tanto ajeno a la excelencia donde cree merecer instalarse?

Entonces llega el momento de descubrir las auténticas aspiraciones de nuestro protagonista, que nunca se limitaron a ser aceptado y querido por quienes se supo-

nía eran los suyos. Una tarde descubre a una bandada de cisnes:

«El patito no había visto nunca aves más hermosas: eran deslumbrantemente blancas, con largos cuellos flexibles. Eran cisnes... No sabía cómo se llamaban aquellos pájaros, ni adónde volaban, pero los amaba como jamás había amado a nadie. ¡Se habría alegrado tanto si aquellos pájaros lo hubieran aceptado entre ellos!»

Curioso: no lo deslumbran las posibles habilidades, ignora si ponen huevos, o arquean el lomo... ¡Pero son hermosos! Y los ama, como no llegó nunca a amar a mamá pata que lo aceptó como hijo pese a su diferencia. Si el autor hubiera sido consciente del macabro juego de su héroe, el final del relato se encontraría aquí, en el momento en que se queda congelado por no moverse del lugar donde habitaban los hermosos cis-

nes. Incluso podría poner como remate una moraleja tan propia del momento literario: algo así como «no se dejen deslumbrar por la inútil belleza; traten de valorar aquello que se les ofrece y hagan méritos para ser dignos de la ofrenda». Pero no. El patito es rescatado por un campesino. Sus penalidades entonces se limitan a un miedo a ser maltratado por los niños, como si realmente hubiera sido el maltrato la norma general de su existencia...

Como en la génesis de los culebrones, nuestro héroe ha fijado en su cabeza el ideal al cual aspira y para nada le sirve todo cuanto no sea la belleza de los cisnes, es decir, la realidad. Fuera de los cuentos, tan irreal aspiración lo abocaría directamente al fracaso. Andersen permite a su héroe llegar al lugar deseado por el mismo, dando por terminada su aventura, pese a que la suya no puede tomarse como aventura iniciática, pues nada aprende de todo lo vivido, tan sólo se mantiene en su propia xenofobia a todo cuanto él no considere excelso.

Se encuentra con los cisnes. Y aquí un vuelta de tuerca más al empecinamiento de quien se considera diferente, pero diferente a todo cuanto su sentido de la estética le sugiere vulgar y anodino:

«—Volaré hacia esos pájaros majestuosos. Me destrozarán con sus picos, porque yo, que soy tan feo, tengo la osadía de acercarme a ellos. ¡Pero no importa! Prefiero que me maten a ser picoteado por los patos, empujado por las gallinas, pateado por la muchacha que cuida el corral...»

El discurso no resulta edificante precisamente; está impregnado del más rancio racismo de todos los relatos dedicados a nuestros menores. Mejor muerto a manos nobles. Realmente, si hubiera que reescribirlo para convertirlo en «políticamente correcto», sería menester reciclar la prepotencia de nuestro «desgraciado» patito feo.

Puesto que nadie debe modificar la obra de ningún autor, mejor descodificarlo para nuestros lectores y no sumarnos a la gazmoña visión de quien ve lágrimas en los ojos del patito y no sus aires de incombustible grandeza. ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.